

CAPÍTULO III.

EL EMPERADOR.

§ I.—La monarquía universal.

N.º 1.—El sistema federativo y el imperio.

Cuando Napoleón puso sobre su cabeza la corona imperial, la Europa espantada esperaba nuevas invasiones, nuevas anexiones; no se veía otro límite á esta creciente ambición más que la monarquía universal. El emperador empezó por refutar como una calumnia los proyectos que se le suponían. Hizo insertar en el *Monitor* una nota destinada á tranquilizar á la Europa: «Se dice que el emperador va á reunir bajo su gobierno la república de Luca, los Estados del padre santo... Se dice que la Rusia y la Holanda correrán la misma suerte... ¡No, la Francia no pasará jamás el Rhin! Sus ejércitos no le atravesarán ya más... No tiene geográficamente nada que desear de cuanto pertenece á sus vecinos», (1).

La nota del *Monitor* no tranquilizó á la Europa; no inspiraban gran confianza las declaraciones del diario oficial. Napoleón creyó deber repudiar la política de conquista que se le imputaba de una manera más solemne, al abrir las sesiones del Cuerpo legislativo: «No quiero, dijo, acrecentar el territo-

rio de la Francia, sino mantener su integridad. No tengo la ambición de ejercer en Europa una influencia más grande, pero no quiero tampoco perder lo que he adquirido. Ningun Estado será incorporado al imperio, pero no sacrificaré mis derechos ni los lazos que me unen á los Estados que he creado», (1).

Sin embargo, Napoleón, apenas emperador, puso sobre su cabeza la corona de Italia. ¿No es esto un primer paso hácia el restablecimiento de este imperio de Occidente que le acusaban de soñar? Él mismo creyó deber explicar su pensamiento entero en un discurso que pronunció en el Senado. Confiesa la fuerza y poderío del imperio francés, pero pretende que éstas sobresalen, gracias á la moderación que preside en todas sus transacciones políticas. Para probar su moderación, el emperador recuerda que la repartición de la Polonia, la conquista de las Indias y de casi todas las colonias habían roto el equilibrio general en detrimento de la Francia. Napoleón protesta que de todos los paí-

(1) *Monitor* del 10 Julio 1804.

(1) *Correspondance de Napoléon*, t. X, p. 106.

ses que ha conquistado, no ha guardado más sino lo que cree necesario á la Francia para mantenerse con la misma consideración y con el poder que siempre había tenido: «Todo lo que hemos juzgado inútil para restablecer el equilibrio lo hemos devuelto; y al hacerlo así, hemos obrado con arreglo al principio que nos ha guiado constantemente, de no tomar jamás las armas por vanos proyectos de grandeza, ni por el incentivo de las conquistas», (1).

Tomemos nota de estas promesas solemnes; atestiguan en favor de los principios proclamados por la Revolución; aun cuando el emperador se apartaba de ellos, no cesaba de profesarlos en sus discursos oficiales; es una confesión que le arranca el poder de las ideas: la historia lo invocará contra él, porque sus actos fueron en todo el contrapío de sus protestas. «Hemos conquistado las tres cuartas partes de Alemania, decía el emperador en su discurso al Senado, y la hemos evacuado toda entera... Se alaba de haber levantado y afirmado los principios alemanes y de haberles dado más brillo y esplendor que tuvieron todos sus antecesores. En apariencia, sí; pero la confederación del Rhin nos dirá que los príncipes, adornados con las conquistas de Napoleón, no eran más que instrumentos de su ambición. «La Holanda, continuó el emperador, apenas conquistada, ha sido declarada independiente... Aun proclamando esta independencia, Napoleón deja escapar palabras que son como el anuncio de la futura anexión: «La reunión de la república bávara á nuestro imperio hubiera sido el complemento de nuestro sistema comercial, puesto que los ríos más importantes de la ciudad de nuestro territorio desembocan en Holanda... Estas consideraciones eran pronto invocadas para justificar una anexión que arruinaba la Holanda y que probaba á la Europa que la ambición de Bonaparte era insaciable.

Acabamos de decir cuál fué la verdadera significación de la mediación que el primer cónsul ejerció en Suiza. El emperador exalta su moderación: «Sus ejércitos ocupaban la Suiza; su reunión hubiera completado la frontera militar del imperio; sin embargo, ella se gobierna á la voluntad de sus diez y nueve cantones, independiente y libre... Y ¿con qué derecho Napoleón habría anexionado la república helvética á la Francia? La ocupación de

la Suiza era ya un atentado contra su libertad; su reunión hubiera sido un crimen; en cuanto á la independencia que les dejó el mediador, era únicamente una ficción. El emperador se explica aún sobre la suerte de la república italiana: «Aunque la anexión de su territorio al imperio hubiera sido útil al desenvolvimiento de la agricultura francesa, el primer cónsul confirmó su independencia en Lyon, y el emperador declara que las dos coronas de Francia y de Italia serán separadas al restablecimiento de la paz.»

¿Qué hay que decir de esta política de moderación? Los hechos han dado un famoso mentis á las palabras de Napoleón. En 1805, el tribunal hace constar con alegría sus pacíficas disposiciones: «Esta declaración solemne, dice, será para la Europa la prenda sagrada de los sentimientos de moderación y de paz que os han animado constantemente... El emperador responde: «Estos sentimientos serán la regla de mi gobierno... Un año se pasa y en el discurso que pronuncia á la apertura del Cuerpo legislativo es cuestión de un sistema federativo del imperio: «La Francia, dice, está unida á los pueblos de Alemania por las leyes de la confederación del Rhin; á España, á Holanda, á Suiza y á Italia por las leyes de nuestro sistema federativo», (1). ¿Qué es este sistema federativo? ¿Por qué el emperador no habla sencillamente de sus aliados? El sistema federativo es más que una alianza. En un mensaje del 12 de Enero de 1806 al Senado dice ya Napoleón: «Los Estados federativos del imperio, aunque independientes, tienen un interés común y deben tener un lazo común», (2). Un decreto que apareció en este mismo año de 1806 nos dirá en qué consistía la independencia de los Estados federados: el interés común y el lazo común que les ligaban al imperio francés eran tan fuertes, que dominaban al interés nacional. En realidad, los aliados eran súbditos. Se lee en el decreto sobre el bloqueo de la Inglaterra (3): «El presente decreto será comunicado por nuestro ministro de relaciones exteriores á los reyes de España, de Holanda, de Nápoles y de Etruria, cuyos súbditos como los nuestros, son víctimas de las injusticias que los Ingleses cometen en los mares... ¿Qué quie-

(1) Discurso del 16 de Agosto de 1807 (*Correspondance de Napoléon*, t. xv, p. 624).

(2) *Correspondance de Napoléon*, t. XI, p. 649.

(3) Decreto del 21 de Noviembre de 1806, art. 11.

(1) Discurso del emperador en el Senado, el 27 ventoso, año XIII (*Correspondance de Napoléon*, t. X, p. 293).

re decir esta palabra *comunicado*? Luis Napoleón, rey de Holanda, nos lo dice: los reyes á los cuales era enviado el decreto debían obedecer sus disposiciones tan bien como los súbditos del emperador (1).

En 1806 vemos figurar entre los *Estados federados* reyes de la familia de Napoleón. Las monarquías creadas por un soldado de fortuna son uno de los rasgos característicos del imperio. Un historiador francés, siempre entusiasta de su héroe, aún en ocasión que parece que le vitupera, dice que la institución de estos reyes "era para Napoleón, al mismo tiempo que un cálculo político, una satisfacción del corazón. No era solamente grande, añade Thiers, era bueno y sensible á las afecciones de la sangre, algunas veces hasta la debilidad," (2). No creemos negar la bondad del gran hombre; pero él mismo nos dirá si es cierto que su afección por sus hermanos fué quien le inspiró cuando creó reyes feudatarios del gran imperio. En el momento en que nombraba á su hermano José rey de Nápoles, decía al consejero de Estado Miot: "No puedo más tener parientes en la oscuridad. *Los que no se elevan conmigo, no podré considerarlos como de mi familia.* Hago con ellos una familia de reyes que se unirán á mi sistema federativo," (3). Estas son palabras que no parten del corazón; en una posición ménos elevada, se creería el lenguaje de un advenedizo. El pensamiento de Napoleón era ménos mezquino que sus palabras. Quería que los Estados federativos estuvieran bajo su dependencia absoluta; esperaba hallar esta sumisión en reyes nuevos, los cuales, miembros de su familia, le deberían todo y caerían en la nada si se separaban de él. José, el mayor de sus hermanos, fué el primero provisto de una corona; Napoleón le escribía el 19 de Enero de 1806: "Mi intención es que los Borbones hayan cesado de reinar en Nápoles, y quiero sentar sobre ese trono un príncipe de mi casa, vos en primer término, si os conviene; otro, si esto no os conviniese." Después le tocó su turno á Luis, que fué nombrado rey de Holanda, cuando ménos se lo esperaba; él mismo se queja en sus *Memorias históricas* de no haber sido consultado. De Luciano no había nada que hacer; se obstinaba en conser-

(1) LUIS BONAPARTE, *Documentos históricos sobre el gobierno de Holanda*, t. I, p. 264.

(2) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXIV (tomo II, p. 154 de la edición grande en 8.º).

(3) *Memorias del rey José*, t. II, p. 132.

var un matrimonio humilde que no convenia al jefe de su casa. Jerónimo, mal individuo, fué en un principio enviado á un escuadrón para corregirse; después el emperador le creó rey de Westfalia. Faltaba por establecer Murat, el marido de Carolina Bonaparte; se le hizo duque de Berg; después, cuando José fué promovido al trono de España, Murat ascendió también y llegó á ser rey de Nápoles (1).

¿Qué eran estos reyes de la casa de Bonaparte? Prefectos que el emperador ponía y quitaba según sus conveniencias y que debían obedecer á todas sus órdenes. En el mes de Julio de 1810, Napoleón hizo insertar en el *Monitor* las palabras que dirigió al segundo hijo de su hermano Luis Napoleón; había arrebatado á esta criatura el trono de Holanda, y para indemnizarle le destinaba al gran ducado de Berg: "No olvidéis jamás, le dijo, en la posición en que os colocan *mi política y el interés del imperio, que vuestros primeros deberes son hacia mí, los segundos hacia la Francia. Todos los demás deberes, aun los para con los pueblos que podría confiaros, no vienen sino después*," (2).

Al rebajarse hasta poner una corona en su frente, Napoleón tuvo los sentimientos del poder real, y ante todo el egoísmo que hacía decir á Luis XIV: "El Estado soy yo." La Francia no figuraba más que en segundo término; en cuanto á los pueblos desdichados á los cuales el emperador enviaba príncipes de su familia, no contaban como nada; eran puramente instrumentos de su grandeza. No se trataba de sus derechos; sus más preciados intereses se subordinaban á la Francia, por mejor decir, á la ambición dinástica del nuevo César. Despechados por la subordinación y la sumisión que el jefe de la casa Bonaparte exigía de los príncipes de su raza, éstos, al subir al trono, tomaban las trazas y amor propio de los reyes; querían reinar, y creían reinar por la felicidad de sus súbditos; José se hizo Español, Luis Holandés y Murat Napolitano. De aquí conflictos diarios entre los nuevos reyes y Napoleón. El emperador los trataba como si fueran caporales. ¿Se sabe cómo acabó la comedia real en Holanda? Luis, que rehusaba hacer desgraciados á los Holandeses por dar gusto al emperador, fué arrojado. La misma suerte corrieron todos los de-

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXIV (tomo II, p. 154-157).

(2) DE GARDEN, *Histoire des traités de Paix*, t. XII, p. 273.

mas príncipes feudatarios. Napoleón soñaba ya con reunir la España á la Francia y hubiera concluido por anexionar todos los Estados federativos, si sus locuras no hubieran puesto fin á su dominación.

N.º 2.—La confederación del Rhin.

I.

Los Alemanes se avergüenzan de la confederación del Rhin; es una vergüenza que ellos desearían descargar sobre Napoleón; como de costumbre, culpan á la dominación extranjera, cuando deberían acusar á sus miserables príncipes, y en definitiva, á sí mismos. Si creemos á Thiers, que se dice bien informado, no es Napoleón quien tuvo la primera idea de la confederación del Rhin; es un príncipe alemán, ilustre por su nacimiento, ilustre por su talento, ilustre por la dignidad de que estaba revestido; no faltaba á Dalberg nada más que el patriotismo y el sentimiento del honor. Archicanciller del imperio, propuso á Napoleón el plan de una nueva confederación germánica, y por lo tanto la disolución del imperio creado por Carlos Magno. Príncipe alemán, imaginó hacer de Murat un gran duque de Berg; prelado alemán, se eligió por coadjutor el cardenal Fesch, tío del César francés. El servilismo de éstos príncipes alemanes iba tan adelante de la ambición de Napoleón, que sólo hubiera dependido de él hacerse emperador de Alemania. Creyó que por el momento bastaba arrebatar el cetro imperial á la casa de Austria, organizando una confederación que descartaría del imperio los príncipes amigos de la Francia. Todos lo eran. Napoleón no se dió la pena de negociar con sus nuevos confederados; á no dudar, sabía que los príncipes alemanes, sin excepción, no deseaban más que ser sus súbditos; apenas consultó á los más poderosos. Todo se arregló en París; cuando la confederación fué terminada, se previno á los que el emperador había tenido la bondad de admitir que no les quedaba por hacer más que firmar. De este modo llegó á ser Napoleón protector de la confederación renana (1).

Napoleón declaró á los príncipes alemanes que creía ser su protector y no su amo. Sobre este punto escribió una hermosa carta á Dalberg, el archi-

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXIV (tomo II, p. 151 y siguientes).

canciller. Nada ha cambiado, decía, en las antiguas relaciones de los príncipes alemanes con la Francia; en todos tiempos han encontrado apoyo en nuestros reyes; "la confederación del Rhin no tiene otro objeto que establecer de derecho lo que existía de hecho desde hace varios siglos." Según el *Protector*, no se atribuía otra misión que la de proteger á los príncipes confederados: "Estas obligaciones, todas conservadoras, placen á nuestro corazón; están de acuerdo con los sentimientos de benevolencia y de amistad de que no hemos cesado de dar pruebas á los miembros de la confederación." Napoleón protesta que no quiere arrogarse la porción de soberanía que ejercía el emperador de Alemania como señor feudal: "Los negocios interiores de cada Estado no nos conciernen. Los príncipes de la confederación del Rhin son soberanos que no tienen señor feudal... No son relaciones de feudalismo lo que nos une á la confederación del Rhin, sino relaciones de simple protección. Más poderosos que los príncipes confederados, queremos usar de nuestra superioridad, no para restringir sus derechos de soberanía, sino para garantizarles su plena posesión," (1).

Este es el lenguaje oficial; magnífico y digno del nuevo César. Pero cuando se trata con Césares no hay que fiarse en sus palabras. Hemos visto cómo Napoleón hablaba á los príncipes alemanes. Vamos á verle escribiendo á su ministro de relaciones exteriores. Había en los territorios de los príncipes alemanes un gran número de nobles que en otro tiempo dependían del emperador. Declarados soberanos los más poderosos entre los príncipes confederados, quisieron hacer como Napoleón; por lo tanto, se pusieron á apaciguar á la nobleza inmediata. ¿Hay que dejar obrar á los reyes de Wurtemberg, de Baviera y al duque de Baden? Éste es el asunto de la carta que Napoleón escribió á Talleyrand. Piensa que sí; pero quiere que esto se haga por un tratado secreto; no quiere intervenir de una manera directa. Esto tendrá una gran ventaja, dice: "Los tres príncipes estarán á mi discreción durante toda la actual generación, mucho más que por el momento, porque no habiendo dado asentimiento público á sus operaciones, se encontrarán en una situación violenta. Resultará de esto, que siempre estarán

(1) Carta del 11 de Setiembre de 1806 al príncipe primado (*Correspondance de Napoléon*, t. XIII, p. 205).

obligados á recurrir á mi apoyo. Las opiniones germánicas estarán así más divididas, lo cual será favorable en un todo á la Francia., (1).

Tales eran los sentimientos de *benevolencia* y *amistad* que Napoleón tenía por los príncipes alemanes, cuando se decidió á unirlos en confederación y á declararse su *protector*. Bien se ve que no fué su único objeto el protegerlos. Proteger, ¿y contra quién? El tiempo en que se acusaba al Austria de aspirar á la dominación de la Alemania había pasado. Si conservaba veleidades de invasión, bastaba la rivalidad de la Prusia para tenerla en jaque. El verdadero enemigo de la Alemania era la Francia. No hay más que una sola palabra de verdad en la carta del *Protector* á Dalberg, y es que la política francesa había consistido siempre en proteger los pequeños príncipes, lo que debilitaba á Alemania dividiéndola. La maldición que va unida al régimen de los príncipes es: lo que era una causa de debilidad y dependencia para la Alemania, era un provecho para los príncipes; ellos se engrandecían á medida que la patria menguaba.

Sin embargo, la confederación del Rin es uno de los raros actos de su héroe que los historiadores franceses se permiten vituperar. Thiers va hasta exclamar que esto era la *locura de la ambición* (2). ¿Quiere esto decir que el admirador de Napoleón tome el partido de Alemania contra la ambición francesa? De ningún modo; encuentra muy natural, muy legítimo que la Francia se aproveche de las envidias alemanas para apoyar á los príncipes pequeños contra los grandes. Si el emperador es culpable, es de imprudencia. Llevando al extremo la influencia francesa, levantó las poblaciones de Alemania contra la dominación extranjera; en cuanto á los príncipes que él engrandeció, se volvieron contra él y le hicieron traición para conservar las posesiones con que les había enriquecido. En definitiva, Napoleón es culpable porque ha naufragado. Los escritores alemanes hallan que tuvo un gran éxito; ven en la confederación renana una vergüenza para la Alemania, una vergüenza para los príncipes. En efecto, Napoleón estaba en su papel de conquistador; si pasó los límites, hay que confesar que nunca fué más excusable que

(1) Carta del 10 de Abril de 1806 (*Correspondance de Napoléon*, t. XII, p. 325).

(2) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. LIII (tomo v, p. 576) y lib. XXIV (t. II, p. 153).

en sus relaciones con la confederación del Rin. En Italia, aunque la emancipó, halló alguna resistencia; en España, sus usurpaciones levantaron una nación generosa que se creía muerta. En Alemania, al contrario, todos rivalizaron en servilismo. En cuanto á los príncipes, no hay que admirarse de nada; al renunciar á los lazos seculares que les ligaban al imperio, declararon que "las miras de Napoleón habían estado siempre en armonía con los verdaderos intereses de Alemania;," después osaron hablar de su *dignidad* y de la *pureza de sus sentimientos* (1). Hay una excusa para los príncipes, y es que la nación desesperaba de sí misma. Uno de los grandes historiadores de la Alemania dijo en 1807, á propósito de la confederación renana: "Es claro como la luz del día que los Alemanes no podían salvarse por sí mismos. Demos gracias á Dios por habernos enviado un salvador, un protector., (2). Cuando Juan de Müller se abandonaba á la desesperación, ¿cuál debía ser el decaimiento de las masas!

Hubo, sin embargo, un escritor que osó emplear con los príncipes el lenguaje de la verdad. No hablamos de Gentz, quien afrentó á la confederación del Rin como una obra de oprobio y de engaño, y que llamó déspotas y esclavos de un déspota aún mayor á los príncipes confederados. Damos una mediana importancia á las palabras de un libelista que se volvía tan pronto defensor de la libertad como apologista de una estúpida reacción, según los intereses de los que le pagaban. Oigamos cómo Arndt, el ardiente patriota, apostrofaba á los príncipes en 1805: "Vosotros sois unos horteras, no sois príncipes; os pareceis á judíos, que de todo hacen dinero, en lugar de ocuparos de ejercer vuestro oficio de jueces y generales. Traficáis con los pueblos y con los Estados; ¡tened cuidado! Perderéis lo que habeis ganado por iniquidades. El bien mal adquirido no aprovecha jamás. Os haceis lacayos y esclavos del extranjero; haceis traición á la nación, y la entregáis al enemigo. ¡Por adquirir algunas leguas cuadradas, estais siempre listos á verter la sangre de vuestros súbditos, siempre dispuestos á venderos! ¿Cómo quereis que los pueblos os sean fieles, cuando les dais por ejemplo la traición?," Un historiador alemán dice que estas si-

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. II, p. 697.

(2) MÜLLER, *Der rheinische Bund* (*Œuvres*, t. XXVII, p. 315, edic. in-18).

niestras profecías no se han realizado (1). ¡Paciencia! Sucede con la justicia de los pueblos como con la de Dios: es lenta, pero infalible.

II.

No creemos justificar á Napoleón á costa de los príncipes alemanes. Obraba en Alemania como había obrado en Italia siendo general. Solamente no se trataba más de republicanizar los pueblos; en lugar de fundar una república germánica, fundó reinos y ducados, cortando en el imperio de Alemania como si hubiera sido una gran cerca. Nada más curioso que la creación del ducado de Berg. El antiguo imperio existía aún, cuando Napoleón tuvo la idea de transformar un general de caballería en gran duque de Berg y de Cleves. Pues bien, Napoleón procede como si el imperio no existiese ya. Se había hecho ceder este ducado por el rey de Baviera; esto le bastó. Escribió á Murat diciendo: "Encargaréis al general Dupont de tomar posesión. Cuando seáis dueño de él, os personaréis en Dusseldorf, donde seréis recibido con todos los honores debidos á vuestro rango, y notificaréis en el ducado de Berg y de Cleves mi decreto imperial que os nombra príncipe de Berg y de Cleves., (2). ¡De este modo, sin inquietarse del imperio ni del emperador, creaba Napoleón grandes duques en el santo imperio romano!

Apénas apareció el decreto imperial, Napoleón escribió á Talleyrand: "*Hay tres países que querría yo tener para redondear al príncipe Murat*: en primer término, las abadías de Essen y de Werden., Esto no podía sufrir dificultad alguna; los mismos príncipes alemanes ¿no habían considerado las abadías como tierras pertenecientes al primer invasor? Además, esto no es más que veinte mil almas, no vale la pena de hablar de ello. Essen y Werden estaban ya ocupados por la Prusia. Era preciso indemnizarla. "Buscad, dice el emperador á su ministro, lo que se podría ceder á la Prusia en cambio: *hay á su alrededor pequeños príncipes cuyos Estados podrían convenirle.*" ¡Aviso á los *pequeños príncipes*! Los peces pequeños han nacido para ser comidos por los grandes. Pero ¿y si la Prusia

no quería ceder las dos abadías? "Diréis que Essen y Werden, escribe Napoleón, pertenecen á Cleves, pues ésta es una de las nuevas posesiones adquiridas por la Prusia., El emperador olvidaba que era él quien había autorizado como mediador á la Prusia para tomar Essen y Werden. Pero ¿á él qué le importan los pactos más solemnes? No conoce más ley que su voluntad. Faltan los condados de Lammark y de Witgenstein que le son necesarios también para *redondear á Murat*. ¿Á quién tomaría estos condados? "No sé, dice, á quién pertenecen; informadme acerca de esto., (1). De este modo despojaba Napoleón á los príncipes alemanes, sin saber aún quién era el expoliado. ¿Qué le importa? Esto no basta aún para *redondear* al valiente Murat. Napoleón extiende ante él la carta; percibe la ciudad libre de Francfort. Desde que es emperador no le gusta todo aquello que se llama *libre*. "Deseo, continúa Napoleón hablando á Talleyrand, que me hagais un informe para dar Francfort á Darmstadt, lo cual indemnizaría Hesse-Cassel y Nassau; éstos cederían los países contiguos al ducado de Berg; Hesse-Cassel cedería el enclavado cerca del Rin, que sería dado á Baden., Napoleón, encantado de haber tan bien *redondeado á Murat*, añade: "Es preciso que este negocio sea terminado prontamente y ratificado en ménos de veinte días., ¡Veinte días para rehacer una parte de la Alemania! Es verdad que esto se hacía por medio de decretos imperiales; en rigor, veinticuatro horas hubieran bastado.

Decimos que el servilismo de los príncipes alemanes no excusa á Napoleón. Hay que añadir, sin embargo, que la indiferencia con que el emperador disponía de la Alemania agrava el crimen de los príncipes. ¿Eran estos los procedimientos de un *protector*? ¿Es así como Napoleón creía *salvar* la Alemania? *El redondeamiento de Murat* ¿era una cuestión de salud para el imperio? Si los príncipes hubieran tenido un átomo de patriotismo ó una chispa de orgullo, ¿hubieran sufrido que el emperador de los Franceses les impusiese un general de caballería como miembro del santo imperio romano? Hubo un último insulto dirigido al jefe del imperio germánico. El 15 de Marzo de 1806, Napoleón pregunta á Talleyrand: "*¿Es útil que Murat preste fe y homenaje al emperador de Alemania?*" Talley-

(1) ARNDT, *Geist der Zeit* (MEUTZEL, *Geschichte der deutschen*, tomo XII, 2, p. 468, nota).

(2) Carta del 9 de Marzo de 1806 al príncipe Murat (*Correspondance de Napoléon*, t. XII, p. 207).

(1) Carta del 14 de Marzo de 1806 á Talleyrand (*Correspondance de Napoléon*, t. XII, p. 227).